

A la distancia

Miguel Cané



FUNDACIÓN
Carlos Slim

A la distancia

Cané, Miguel

Ensayo

Se reconocen los derechos morales de Cané, Miguel.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

A LA DISTANCIA

BUENOS AIRES

Me llega la triste noticia de la muerte de Encina: no me ha sorprendido en manera alguna. Desde que lo ví por última vez, poco ántes de dejar la patria, nunca pude recordarlo sino como un espíritu que sobreviviera al cuerpo ya confundido con la tierra. Tenía una palidez marmórea y los ojos le brillaban con una fosforescencia continua é insoportable. Entreveía la proximidad de su fin y nunca pude comprender las cosas que pasaban, ante esa perspectiva, en el fondo de aquel organismo moral, tan profundo y oscuro.

Encina me desesperaba: el hábito de hablar frecuentemente con los representantes mas altos de la inteligencia argentina, me ha facilitado la comprensión fácil y casi completa de los caracteres de nuestro intelecto nacional. El colorido vagabundo de Sarmiento; la abundancia elegante y erudita de Lopez; la forma armoniosa de Avellaneda; la inimitable charla de Goyena, con la viveza de sus golpes de vista y las finísimas picaduras que la esmaltan; la claridad de Del Valle; la claridad, que es la inteligencia, la vida intelectual; la malicia de Lucio... á qué citarlos todos, si á alguno he de olvidar, aunque recuerde la actividad de Dardo, con sus mil ojos abiertos sobre todos los rumbos del espíritu humano, ojos sobre los que jamás cae el párpado; la firmeza de Pellegrini, con dedos en la inteligencia, segun la frase gráfica de Del Valle; la clarísima percepción de Gallo; y la fuerza manqué que anida el cráneo de Roque?

La ideología alemana jamás echará raíces entre nosotros; falta la sombra, falta la tradición, sobra la noncuranza deliciosa de las cosas que no se mueven y agitan, como pabellones flotantes ante el espíritu. De donde venía Encina, entónces? Como Byron brota en suelo inglés, como Caldas en los valles eléctricos de Popayan... algo como si Julian Martinez fuera sueco.

Recuerdo que poco despues de dejar el Colegio Nacional y de haber alcanzado en un exámen de filosofía en la Universidad un éxito que halagó mi vanidad infantil, avergonzado de la mole inmensa de novelas que habia devorado durante seis años, resolví ponerme á leer libros sérios y emprendí, como ensayo, la lectura razonada, metódica y comprensiva del volúmen de Emerson *The Representations men*. Con paciencia y no poca intensidad de atención, la cosa no iba mal; dije Napoleon, Montaigne, Goethe.. pero, en Swedemborg me varé, como ¡ay! me he varado tantas veces despues en Herbert-Spencer. Volví á la carga, porque me parecia indigno que un distinguido estudiante de filosofía se corriese ante una exposicion del misticismo. Todo fué inútil; no comprendía, no tomaba el conjunto, y el Matrimonio en el cielo me daba vértigo. Acudí á Pedro Goyena, que acababa de ser mi maestro de filosofía, y que, por consiguiente, tenía el oficio de entender esas cosas. Le mandé el libro pidiéndole auxilio. ¿Entendió Pedro? No lo sé; pero me contestó con una frase del conde José de Maistre, si mal no recuerdo, (hace 15 años!): «No hay método fácil para

aprender cosas difíciles. Cuando quiero estudiar algo oscuro ó profundo, me encierro en mi cuarto, digo que no estoy y le prendo!» — así traducía Pedro.

Cada conversacion que mas tarde he tenido con Encina me ha recordado mi aventura con el Swedemborg de Emerson. Una vez se la conté y me miró con unos ojos que traducian bien la palabra compasiva retenida por educacion.

Mis primeras relaciones con él datan del Canto al Arte. Se trataba del Centenario á San Martin, y nos reuníamos en mi casa, para arreglar la conferencia, Ricardo Gutierrez, que trabajaba El Poeta y el Soldado, Andrade con su Nido de Cóndores, Encina con su Canto al Arte: tres obras maestras!

Nunca olvidaré la impresion profunda y dulce que me causaba ver esos tres hombres de cabeza iluminada, sentados al rededor de una mesa, unidos un momento en el ideal, sin envidia, sin emulaciones... Yo habia aceptado la idea de escribir algo en prosa; tuve el coraje de cumplir, y asi me fué! Escribí un Paso á los Poetas! que se acerca mucho a lo mas indecente que haya producido en mi vida, y que Luisito Varela acabó de guillotinar en el tablado de Colon. Te perdono, Luis: — era justicia.

La cuestion, lectores, nos tenia preocupados; Andrade, con su lengua de trapo, no tenia la menor idea de ejecutarse, y alcanzó la buena suerte de dar su canto á Bartolito Mitre, que, aunque no es un Legouvé, ni un Dickens, es de lo mejor que hay en aquella tierra, donde nadie sabe leer. Ricardo declaró que leeria él mismo; me inquieté, porque no le tenia fé. Qué habria sido si el velo del porvenir, descorrido ante mis ojos, me hubiera permitido ver el asesinato perlático del bello canto, perpetrado por el autor mismo! — Dicen que Wagner ha querido mas de una vez cantar sus propias óperas; Ricardo tiene algo de! semi-dios de Beyreuth.

Por fin, Encina, que no hallaba árbol de que colgarse, me pidió que leyese su canto. En vano le objeté mi falta de práctica y de voz. Decia que yo entendia su obra, y que con un rato de conversacion acabaríamos por ponernos de acuerdo. Indudablemente, el Canto al Arte no es el segundo Fausto; inspirado por un espiritualismo entusiasta y absorbente, su marcha es clara y su objetivo definido: hacer del arte una religion. — Pero las esplicaciones de Encina me aturdian. Encina veia dentro de sus versos más de lo que los comentadores todos han visto en la Divina Comedia.

Una Psicologia, una Estética, una Teodicea,— el cielo y la tierra. Luego tomaba un lápiz, trazaba una parábola y marcaba un verso en la cumbre, otro en los declives, como la prudente dueña de casa que dibuja en un papel la colocacion de sus convidados. «Aquí levanta la voz, aquí piano, aquí solemne....» Yo oia en silencio, porque Encina no bromeaba jamás, y porque tenia costumbre de respetarle todas sus

extravagancias. Al fin la lectura se hizo, el canto tuvo el éxito que se sabe, pero creo que, en el fondo, Encina quedó medianamente satisfecho de su intérprete.

Seguimos viéndonos con frecuencia, siempre á propósito de artes. Una noche, en su casa, la señorita de Montero interpretaba con un gusto exquisito el Nocturno núm. 2 de Chopin, pieza predilecta de Encina y mia. Pedimos la repetición, y á medida que el triste andante se desenvolvía, Encina, á mi lado, lo traducía lentamente. Tenía la intención de reproducirlo en verso. Fué nuestra primera discusión, sosteniéndole yo que la pieza era completamente ajena á la impresión que causaba. Es indudable que ese andante, como cualquier otro trozo escrito en las mismas condiciones de movimiento y marcha, despertaría sentimientos de una intensidad análoga, pero jamás los mismos, porque no todos los hombres están en la misma situación moral en el momento de oír, etc. Encina pretendía que una buena traducción en verso de un trozo de música debe despertar idéntica impresión que la música misma. La teoría de Wagner al revés.

Qué explicaciones aquellas! Encina tenía facilidad de palabra y claridad en la forma expresiva. Pero el pensamiento era tan oscuro, los hilos que ligaban las ideas unas á otras tan ténues, que acababa por perderme sin atinar donde estaba. Y lo curioso es que la apariencia lógica era intachable. Partía de un punto claro, concreto, generalmente un axioma sobre las evoluciones más conocidas del pensamiento. Luego sacaba una consecuencia perfectamente razonable, y por el mismo procedimiento de mecánica intelectual, subía, se bifurcaba, se eterizaba. Y la labor era inmensa. Mas de una vez, perdida la esperanza de llegar con él á donde me guiaba, me entretenía en observarlo; los ojos se ponían incandescentes, las venas de la frente se hinchaban y un rojo enfermizo cubría los pómulos.

Una noche me encontré leyendo á Hartmann, porque todo hay que leer en esta vida. Lo conocía, pero no lo apreciaba. — « La voluntad de Schopenhauer, el inconsciente de Hartmann, son simples detalles, fragmentos de un sistema que no ha sido aún formulado científicamente, porque los filósofos no quieren convencerse que verdad radica en el número y nada más. Todos esos elementos incoherentes, todas las combinaciones del espíritu, las leyes del universo, los problemas del destino humano, caben y están contenidos en el Trascendente.

— En él?...

— En el Trascendente. He pensado largos años, mi amigo, y al fin tengo reunidos los materiales para la obra que he soñado, y que llevaré á cabo así que restablezca mi salud. Quiere V. saber en qué fundo mi sistema?

—Veamos; pero, por Dios, hable despacio, con su claridad de siempre, y á más, méteme las cosas por los ojos, déles forma definida, concreta.

—Cuál es la raíz cuadrada de 2? 1 por 1 es 1. La raíz cuadrada de un número entero

no puede ser un quebrado. Si V. soluciona el número 2 en un cuadrado gráfico, encontrara la raíz. Pero manténgalo como número: no la puede determinar. Sin embargo, existe, ¿no es así? Pues bien: esos números fijos, pero indeterminables, se llaman en matemáticas trascendentes. Hé ahí la base de mi sistema. En las relaciones infinitas de la vida animal, vegetal inteligente, en todo lo que se mueve y obra en el Universo, la ley eterna que preside y explica, es esa relación vaga en apariencia, inalterable en el fondo, que llamo el trascendente. Oígame con atención.

Y en cuadros soberbios muchas veces, alcanzando por momentos la alta elocuencia severa y sencilla, tan diferente de la declamación, Encina llegaba a alturas vertiginosas. Como se comprenderá, jamás alcancé a explicarme el trascendente. Un día, en la Biblioteca de la Universidad, pedí a Encina hiciera la explicación a Del Valle, que, apesar de todo su esfuerzo, quedó a oscuras y con el espíritu rendido. Encina me sostenía que sus ideas no eran confusas, sino que el espíritu colectivo de nuestra sociedad intelectual, no estaba preparado por una gimnasia constante a la percepción rápida de ese género de especulaciones. Solía irritarse cuando, cansado, acababa por burlarme un poco de sus veladas metafísicas.

— «No basta, amigo, le decía, el cúmulo de amarguras que caen sobre nosotros diariamente, las decepciones, las ambiciones muertas, para que aumentemos el caudal negro, buscando caracteres imposibles en la página blanca de la vida futura?»

Era ese precisamente para Encina el primordial deber humano. Kant, restringiendo el campo de la observación, los positivistas cerrando la exploración metafísica de los cielos y burlándose del sentimiento como órgano de investigación, lo irritaban hasta subir a la injuria. En una palabra, no he conocido un organismo moral más profundamente impregnado de religiosidad que el de Carlos Encina. Tenía arrebatos coléricos contra el catolicismo, contra todas las religiones positivas del mundo, pero ansiaba creer, buscaba con un ardor desatentado medios de cohesionar las exigencias de su razón con las aspiraciones de su alma. Es ese un martirio muy común en nuestro siglo, el vagar eterno de los espíritus creyentes, girando sobre sí mismos sin rumbo fijo y flotando siempre en la duda que los mata.

Fué de esa manera que Encina cayó en el espiritismo. La primer vez que me habló del asunto, proponiéndome que emprendiéramos una serie de experimentos, me hizo una exposición del sistema, esforzándose en demostrarme que, en el fondo, la teoría era de una lógica absoluta para los espiritualistas. Le contesté que mi naturaleza, desgraciadamente escéptica, más aún, refractaria a la fe, me impedía prestar crédito a los infinitos sistemas, inclusive las religiones creadas por la imaginación para satisfacer las necesidades morales de los hombres. Pero que era muy curioso, y que entraba de lleno, como entretenimiento, en su proyecto de sesiones.

Resolvimos reunirnos en mi casa y echamos mano de un medium poderoso que se ocupaba en llevar fluido á domicilio....

Aun recuerdo una voz serena y pura, salida del fondo de mi hogar: — «Dime: no es mas digno ir á la iglesia, á orar públicamente, de rodillas, por todos los que sufren, que encerrarse en una pieza, á media luz, al lado de un charlatan para evocar espíritus, mover mesas y oír campanillas en los aires?»... No debe haber sido muy fuerte mi réplica, porque aun el argumento me parece contundente.

Invitamos á algunos amigos, mi pobre y querido Juan Cárlos Lagos, Del Valle, Lucio Lopez, etc. Tuve un momento la idea de llevar á Pellegrini, pero desistí, previendo algun coup de tete del gringo. Fué fortuna, porque despues supe que, esperando ser invitado, se habia provisto de algunas puntas de Paris para clavar los piés de la mesa y hacer inútil el fluido ó la mecánica del medium.

Todo el que haya asistido á una sesion de espiritismo, sabe que, aun para los mas incrédulos, el aparato general, la conexion de los fenómenos con las ideas altísimas y eternamente atrayentes que las determinan, causan siempre una sensacion indefinible que bien puede traslucirse en una inquietud vaga. Encina la sentia mas que nadie, y seguia ávido el proceso, buscando rabioso la constatacion brutal de la verdad, ahí, delante de los ojos, irrefutable.... La mayor parte de los asistentes se cansaron bien pronto, y, á las dos ó tres sesiones, quedamos solos con Encina. Fué entónces que tuvimos las famosas sesiones de materializacion, que no me esplico aún, como no me esplico la mayor parte de las pruebas de Hermann.— Recuerdo que una noche llegó á casa M. Brédiff (así me parece que se llamaba el medium), y nos dijo que en esa sesion tendríamos cosas muy buenas, porque sentia el flúido correrle en los nervios como una descarga eléctrica.— En ese instante llamaron á la puerta de calle; se me hizo advertir que un señor aleman deseaba á todo trance hablarme.— Salí y me encontré con un caballero respetable á quien habia visto mas de una vez en la puerta de su villa de la calle de la Recoleta, pero á quien no conocia personalmente: me pidió disculpa de su presentacion incorrecta; pero se encontraba en su casa, delante del trípode, cuando se presentó su espíritu familiar y le ordenó trasladarse á la mia, donde le haria comunicaciones importantes. Contuve cuanto pude un gran afan de reír y lo invité á entrar.— Ese hombre ha muerto; pero durante los dos últimos años de su vida ha sido feliz como pocos séres sobre la tierra.— Habia perdido una mujer que adoraba; todas las noches, un medium, creo que el mismo Brédiff, iba á su casa, caia aletargado sobre un sofá y el creyente veia avanzar, entre la media luz, la blanca forma de la mujer querida, que se le acercaba, le tendia la frente, se sentaba al piano y durante horas le hacia oír las melodías que rehacian para él las dulces horas desvanecidas!...

Hablé muchas veces con ese hombre y nunca noté en él signos de locura. Solo, durante el día, un malestar contínuo, la presion de una expectativa dominante, algo

como el chino que trabaja rudamente bajo un sol de fuego, pensando en la hora celeste en que, tendido sobre el tosco tablado, va á aspirar el ópio libertador!...

Encina estaba inquieto y silencioso en un sillón, mientras yo ponía en juego todos mis recursos para no dejarme engañar de una, manera grosera y obligar al medium á ganar con conciencia su cachet. Até á Brédiff de brazos y piernas, con abundante lujo de nudos potreadores, lo metí en una bolsa, cerrada al cuello, apliqué sobre el nudo de la garganta un enorme trozo de lacre, que sellé y en seguida amarré la masa informe á un sillón. Tendimos una cortina sobre el medium, que había caído ya en letargo y que crujió medio ahogado, bajamos la luz de la sala y esperamos.

De pronto creímos ver una mano blanca y delgada que corría en los aires. Miré á Encina, que me pareció impresionado. El alemán, lejos de nosotros, seguía silencioso, en un recojimiento tranquilo, el curso de los sucesos. Un instante después, apareció por encima de la cortina, tendida de lado á lado á la altura de hombre, una cabeza como de una niña de cinco años, muerta, pálida, color trigueño suave, el pelo partido al centro y cayendo en dos ólas negras sobre la frente; un cendal blanco la cubría y resolvía las formas en un vapor ligero, á partir del cuello. Los ojos, pequeños y penetrantes, parecían fijarse en mí. Después del primer momento de impresión, dije á Encina muy quedo que estábamos haciendo un papel ridículo, y que iba á levantar la cortina para ver lo que hacía el medium, que, por otra parte, continuaba respirando como un fuelle de órgano. Me detuvo recordándome que Brédiff nos había advertido que la entrada violenta del fluido en su cuerpo, si tal cosa hacíamos, le produciría la muerte instantánea; que habíamos aceptado esa condición y que no debíamos abusar. Tenía razón y cedí, pero todavía siento no haber puesto en peligro los días del taumaturgo.... Preguntó Encina quien era la aparición y obtuvo, por el alfabeto de golpes, el nombre de Jeke, una meretriz japonesa, muerta ahora quinientos años, que Brédiff decía ser su espíritu familiar. Le pedimos la mano y nos la dió. Era pequeña, suave, blandusca; quise apretar, pero se me deslizó. Nos pasó libros, cigarros, dió vuelta cuadros, hizo andar y detenerse una caja de música que estaba á nuestra espalda (verdad que la oscuridad se había hecho mayor) y por fin nos dijo tres veces, con una voz casi imperceptible: adios, adios, adios....

Un suspiro prolongado de Brédiff nos previno que podíamos entrar; estaba en la misma postura, y cuando lo desatamos, tenía el cuerpo marcado por las ligaduras. Tomó su taza de té, recibió su estipendio y partió, quedando mirándonos con Encina cara á cara, mientras el alemán se asombraba de nuestra falta de fé.

Credo quia absurdum. No, precisamente por que era absurdo no lo creí. Encina se desesperaba de la fatalidad que lo obligaba á valerse de un tercero, de un hombre venal, para obtener las pruebas que había deseado alcanzar solo. Pasaba noches enteras con un lápiz en la mano sin resultado ninguno. Por fin, un día dijo á Brédiff y á

todos sus amigos, espiritistas convencidos, que no exigía sino una prueba, única, definitiva, para creer. Era ésta: encerraría un pliego de papel en blanco y un lápiz dentro de una caja sólida que vigilaría y cuya llave tendría en el bolsillo. «Si amanece algo escrito, aunque sea una línea geométrica, credo!» Declaré lo mismo, seguro de no creer una palabra aunque apareciese el Apocalipsis en hebreo, encerré gravemente mi papel y mi lápiz y... esperamos. Encina ha muerto esperando. Repito que la doctrina lo atraía y esa comunión entre las almas muertas y los espíritus en el combate de la vida, le parecía el rasgo más profundo de la solidaridad universal.

Nunca fuimos camaradas con Encina, y creo que sus relaciones, aun con sus amigos más íntimos, tenían el mismo carácter que las que mantenía conmigo. No era un espíritu abierto y comunicativo. Su sistema de vida, por otra parte, lo apartaba de ese mundo de actividad moral que hace indispensables las confidencias, las vinculaciones estrechas, el cambio de debilidades,—fácilmente perdonadas recíprocamente.

Trabajaba sus versos como un cincelador; el «Canto al Arte» le costó mucho tiempo y no pocos de esos momentos amargos que crea la impotencia. Su inspiración era fría y razonada y tenía horror por la hojarasca brillante de Andrade; juzgaba al autor del Arpa Perdida como Berlioz hubiera juzgado a Offenbach. Encina nunca ha despertado entusiasmo como poeta entre los jóvenes y mucho menos en las mujeres, porque, sin razón, a mi juicio, creía indignos de la forma métrica los temas comunes pero eternos, del amor, la esperanza, los recuerdos y el hastío. Grave error, que no se salva con todo el talento que anidaba su cráneo. Si Encina hubiera continuado haciendo versos, habría concluido por un pathos góngoro-filosófico incomprensible, como Flaubert, en otro rumbo, vino a caer en Bouvard et Pécuchet....

Quedará siempre en las letras argentinas, porque era una personalidad. Pero es bueno felicitarse de que no haya hecho escuela, como es permitido deplorar el día en que la influencia de Andrade produzca una literatura de imágenes absurdas y antítesis violentas, que no serán siempre salvadas por la belleza y la armonía de la forma.

Si, como es cierto, se es feliz ó desgraciado según la propia organización moral, independientemente de los accidentes de la vida, Encina no se contó nunca entre los hombres dichosos de la tierra, Tenía el espíritu sombrío y sus sufrimientos físicos acabaron de amargarlo. La muerte ha sido un reposo para él.

¿Conocerá hoy un átomo de aquel mundo invisible que en la vida atrajo todas las fuerzas de su alma?

Agosto, 1882.